

CONSTRUIR UN MÉXICO INCLUYENTE*

Luis HERNÁNDEZ NAVARRO

Hay una parte de México que no está representada en el Congreso el día de hoy, no porque sus voces no hayan sido invitadas, sino porque de por sí están excluidas de las grandes decisiones nacionales. Son más de sesenta millones de mexicanos que viven en la pobreza, sin más horizonte que el de seguir subsistiendo en esa condición.

Se trata de una franja de la nación real que prácticamente no existe en las versiones oficiales sobre nuestra realidad, una porción del país de la que la mayoría de los políticos se acuerda sólo cuando hay elecciones, cada tres años, un trozo de la patria a la que nuestros tecnoburócratas quisieran eliminar para que sus cifras macroeconómicas cuadren como su catecismo manda.

Una enorme cantidad del país no cabe en sus instituciones, ha sido excluida y segregada por un modelo económico en el que no hay espacio para los muchos; se le ha querido volver improductiva abriendo las fronteras para que pasen mercancías que aquí podrían producirse, se ha procurado convertirla en un ejército de solicitantes de migajas.

Esa enorme porción del país expulsada de los beneficios del desarrollo está llegando a una situación límite. Esta nación no será gobernable si se mantiene la segregación de tantos.

Construir un México donde quepamos todos requiere de una primera gran reforma necesaria, una que propicie la inclusión de quienes han sido excluidos. Para ello es necesario poner un alto al fundamentalismo de mercado, tener presente lo que el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz ha recomendado para México.

No busquen, escribió él, una mítica economía de libre de mercado que nunca ha existido, no sigan las recomendaciones de los intereses especia-

* Versión estenográfica.

les de Estados Unidos ni del ámbito corporativo ni del financiero, porque aunque predicen el libre mercado, en casa dependen del gobierno para alcanzar sus objetivos.

Entendámoslo de una vez por todas, el Consenso de Washington ha fracasado. Ni la tiranía del dogma macroeconómico ni la ilusión de ser competitivos abaratando nuestra fuerza de trabajo, harán a nuestro país viable. Por el contrario, seguirán profundizando la polarización económica y social.

La política debe retomar el puesto de mando de la economía. Fomentar el desarrollo del mercado interno, promover el empleo con calidad, recuperar el valor del salario real, defender la soberanía alimentaria.

Reconstruir las redes de bienestar social y preservar la soberanía nacional no pueden ser metas a las que la nación deba renunciar. Por el contrario, son elementos centrales de una reforma económica sin la que cualquier transformación política resultará cosmética.

El dramaturgo alemán Bertolt Brecht preguntaba hace más de setenta años: ¿qué es robar un banco comparado con fundarlo? En México, después del Fobaproa, podemos legítimamente interrogarnos: ¿qué es robar un banco comparado con su rescate?

Una reforma que busca incluir como beneficiarios del desarrollo a quienes han sido segregados supone necesariamente un paso previo. Renegociar radicalmente los términos en los que fue pactado el rescate bancario.

No, no se trata de regresar al pasado. A diecinueve años de vivir y padecer las políticas de ajuste y estabilización el neoliberalismo es el pasado dogmático en el que no se puede seguir viviendo. Sólo deshacerse de ese lastre, propiciar un drástico cambio de rumbo, puede ayudar a reconstruir un país cada vez más cerca de toparse con sus propias ruinas.

Un enorme foso separa el mundo de la política formal de partes cada vez más importantes de la sociedad mexicana.

Arriba, sin importar los colores a los que pertenecen los políticos, acuerdan, conspiran, se ponen zancadillas, halagan a los medios electrónicos, se toman fotos y amarran compromisos con los dueños del dinero.

Abajo, los invisibles, hacen la vida, forjan sus identidades y advierten ya sobre la inminencia de un futuro cada vez más incierto. Esta distancia fue medida con mucha claridad por el termómetro de las pasadas elecciones federales. Casi seis de cada diez mexicanos inscritos en el padrón electoral se negaron a votar, y tres millones que lo hicieron anularon sus

sufragios. Fue la forma mexicana de decir: “que se vayan todos”, inaugurada en Argentina.

Vivimos tiempos en los que los partidos representan cada vez menos a las nuevas categorías sociales que están surgiendo en México. Es notoria su incapacidad para desligarse de una dinámica que los obliga a dedicar todo su tiempo y recursos a la participación electoral. Florece así la pobreza programática y su renuncia a realizar tareas de educación política.

Hasta que no se compacten las elecciones, se acorten los tiempos dedicados a las campañas electorales, se incluya en ello los preparativos previos y se prohíba el financiamiento privado, la degradación partidaria continuará.

El deterioro de la clase política, en su conjunto, es severo. Ni siquiera los profesionales del poder, que se disfrazan de ciudadanos para tratar de capitalizar en su favor la política de la antipolítica, se escapan de ella.

Para revertir esta crisis se necesita una radical reorganización tanto de las relaciones entre el Estado y la sociedad, como de las mediaciones sociales para dar poder a quien no lo tiene.

Terminar con el secuestro del espíritu del artículo 39 constitucional por el 41; quitar a los partidos el monopolio de la interlocución política; abrir las puertas a la democracia participativa; impedir la intervención permanente de las instancias gubernamentales en la designación de los representantes sociales y garantizar su plena autonomía para su nombramiento, son elementos básicos para establecer una nueva arquitectura institucional que permita la inclusión de los segregados.

Hace tres años el Congreso de la Unión traicionó a los pueblos indios al aprobar una reforma constitucional sobre derechos y cultura indígena ajena a sus necesidades. Los legisladores tuvieron frente a sí la posibilidad de saldar una deuda histórica con sus pueblos originarios y la tiraron por la borda, perpetuaron, sí, una grave injusticia y fracturaron al país.

Es necesaria una reforma verdadera que establezca nuevas bases en la relación entre el Estado y los indios. Su parte medular es el reconocimiento verdadero, no el de oropel, de los pueblos indígenas como sujetos sociales históricos y su derecho a la autonomía dentro del Estado. Ello implica modificar la Constitución de la sociedad mexicana al añadir al principio de los ciudadanos el de los pueblos originarios.

La polarización social y la polarización política caminan por rutas convergentes. Un feroz enfrentamiento dentro de nuestras elites, que en parte ha asumido la forma de una nueva edición de la lucha entre libera-

les y conservadores, similar a la que dividió al país en el siglo XIX, ha entrado en sincronía con un nuevo capítulo de las recurrentes pugnas de la gleba.

Hay resentimiento creciente entre los sectores populares y los privilegiados, y la figura de Andrés Manuel López Obrador se está convirtiendo en el emblema de ese encono. Y aunque esta división política no siga una estricta línea de clase, la amenaza de desafuero al jefe de gobierno de la ciudad de México ha provocado una fuerte reacción entre los sectores populares hartos de la prepotencia y los excesos de las elites. De mantenerse esta afrenta la polarización crecerá, urge detener ya la tentación *puchista*.

Muchas reformas han sido propuestas. ¿Puede este Congreso abordar los cambios necesarios?

Jorge Castro, un viejo ejidatario de los valles del Yaqui del Mayo, organizador de tomas de tierra y de empresas autogestivas, le relató en 1992 al entonces presidente de la República una historia que muy bien puede responder esta interrogante.

Un leñador que trabaja en el bosque, dijo el dirigente campesino, es de repente atacado por un oso, ve a los lados buscando ayuda, no tiene éxito, está solo, no hay quién lo auxilie, mira entonces al cielo y dice: “Diosito, si no me vas a ayudar, por lo menos no te pongas del lado del oso”.

Creo que muchas de las reformas propuestas a lo largo de este foro son realmente necesarias para construir un México donde quepan todos los Méxicos.

Dudo, sin embargo, que este Congreso y este sistema de partidos puedan impulsarlas. La última gran iniciativa para una reforma del Estado impulsada por esta administración terminó convertida en una organización no gubernamental. Apenas el pasado 1o. de septiembre este poder sesionó prácticamente en estado de sitio para guarecerse de la ira social provocada por sus propios acuerdos. Sólo unas cuantas voces se hicieron escuchar en su interior repudiando el hecho.

Me temo que son muchos los legisladores que no escuchan el clamor de la calle. Es por ello que al igual que el leñador de la historia, sólo me queda pedirles que cuando menos no se sigan poniendo del lado del oso.